

Els dijous del



Cineclub

Estrenes | 7 de maig de 2015 | Horari: 20.00 i 22.30 h

# Leviatan

(Leviatán, 2014) Andrei Zviaguintse

## Sinopsi

En Kolya viu amb la seva jove esposa i el seu fill en una petita ciutat del nord de Rússia, propera al mar de Barents. És propietari d'un taller de mecànica i el terreny on viu, però l'alcalde de la ciutat, Vadim Cheleviat, està entossudat en fer-se amb el negoci, la casa i la parcel·la d'en Kolya.



## Fitxa artística

Vladimir Vdovichenkov Dimitri

Elena Lyadova..... Lilya

Aleksey Serebryakov.... Kolya

Roman Madyanov ..... Vadim

## Fitxa tècnica

Director ..... Andrei Zvyagintsev

Guió ..... Oleg Negin

Andrei Zvyagintsev

Fotografia ..... Mikhail Krichman

Música ..... Philip Glass

Durada ..... 141 minuts

País..... Rússia

## Todos contra todos

Es uno de los mayores cineastas vivos, pero todavía casi un perfecto desconocido. Todos sus relatos, como el cine del húngaro Béla Tarr, emergen como parábolas existenciales tomadas por una profunda melancolía, aparte de que desarrollan preocupaciones estilísticas y conceptuales de gran calado. Sus nociones y ambiciones cinematográficas colocan a Andrei Zvyagintsev, con apenas cuatro largometrajes realizados en once años (todos ellos, poderosísimos), en la estela del esencialismo poético ruso de Andrei Tarkovsky, cuyo cine estaba tan presente ya en su primer largometraje, *El regreso* (Vozvrashchenie, 2003), premiado con el León de Oro en Venecia, y de modo más intenso en la inédita en España *Izganie* (2007), sobrecogedora, magnética y personalísima adaptación de *Es cosa de reírse* (Lughing Matter, 1953), una extraordinaria novela de William Saroyan.

Con la profundamente hobbesiana *Leviatán* (que de hecho toma el mismo título de la conocida obra del filósofo británico en torno al control gubernamental y la organización

social), el cineasta ruso entrega su film más ambicioso temáticamente y más depurado estilísticamente, combinando las tensiones de las luchas de clases en la Rusia contemporánea que ya trató en la magnífica *Elena* (2011) y la angustia doméstica que se extendía como un manto metafísico por el ritmo visual de *Izganie*. En la amplitud panorámica del encuadre, *Leviatán* emerge como un fresco tragicocómico -el humor negro de la primera parte da paso a una tragedia implacable- y un resonante drama familiar capaz de aglutinar las gangrenas de la corrupción y la intimidación criminal en la Rusia de Vladimir Putin. *Homo homini lupus*.

Los parajes fósiles y geológicos que en el ideario visual del autor de *Stalker* transmutaban en paisajes oníricos reaparecen en *Leviatán* enmarcados en el espectacular paisajismo que proporcionan las costas del Mar de Barents donde transcurre el film, concentrando el amplio retrato humano y sociopolítico del país en los enfrentamientos de Kolya (Aleksey Serebryakov), su amigo el abogado moscovita Dimitri (Vla-



dimir Vdovichenkov) y el corrupto alcalde de la ciudad Vadim (Roman Madyanov), determinado a derriuir la casa familiar del primero con el objeto de especular financieramente con las tierras. En el tejido social que con ritmo preciso va articulando el ambicioso relato que Zvyagintsev firma junto a su habitual coguionista Oleg Negin (merecedor en Cannes del premio al Mejor Guión), planea por encima del sistema corrupto y gansteril la mano negra de la Iglesia ortodoxa, a la que reserva la secuencia que clausura el relato en su inexorable determinismo social.

#### LA NOCIÓN DEL HÉROE CLÁSICO

Los elementos de la trama en desarrollo, donde intervienen también con consecuencias imprevisibles las pulsiones del deseo romántico a través de Lilya (Elena Lyadova), la segunda y bella mujer de Kolya, y que abre una fisura en las dinámicas de lealtad y amistad entre éste y Dimitri, dialogan con la noción del héroe clásico -el hombre común enfrentado a un sistema en el que justicia, poder político y religión conspiran contra cualquier gesto determinado a modificar el *statu quo*- y con elementos recurrentes del drama criminal, el *western* y la tragedia familiar (de manera que lo público y lo personal, el espacio político y el privado, quedan irremisiblemente entretejidos), si bien *Leviatán*, aunque sin ofrecer nada realmente nuevo, se desmarca de los convencionalismos narrativos y encuentra su propia personalidad,

un tono propulsado por los contrastes.

Realista y alegórica al mismo tiempo, *Leviatán* concede tanta importancia al retrato terrenal y humano (una suerte de costumbrismo social generalmente asociado a la ingesta masiva de vodka, y que da pie a algunos extraños fragmentos de comedia negra en el corazón del drama) como al sentido espiritual de la tragedia que se despliega frente a nosotros. La singularidad épica que termina por conquistar esta suerte de destilación cultural del pueblo ruso, se muestra siempre puntuada por la energía oceánica del paisaje (y la resonante metáfora de una playa convertida en cementerio de ballenas), que se convierte en la fuerza gravitatoria a la que van todas las tensiones.

En una secuencia especialmente memorable entre Dimitri y Vadim, armada en principio con los mimbres de una prototípica escena de *vendetta* mafiosa, el entorno geográfico que devora a los personajes expresa la verdadera naturaleza de las relaciones de fuerza y poder en juego. Zvyagintsev concibe la puesta en escena del drama en la relación materia que se establece entre los personajes y el entorno físico, que remite a una naturaleza indoculta y primitiva, de resonancias bíblicas, como la secuencia-elipsis más misteriosa del film alrededor de Lilya, en la que la aparición cuasi fantástica de la bestia marina emergiendo del océano se

convierte en la inarticulable, ominosa respuesta al peso de la tragedia, a la naturaleza depredadora del ser humano sobre la que se construye el relato.

Lo que nos hace identificar en Zvyagintsev a un poeta del cine contemporáneo antes que a un minucioso artesano o copista de la poesía tarkovskiana (y en cierto modo de las elegías de Sokurov) es su habilidad para expresar en términos aúreos las tensiones que propulsa el drama. Más allá de la gelidez emocional, de cierta grandilocuencia estilística o de determinadas escenas que incurren en la sobreexplicación, las fugas sensoriales que proyectan las imágenes de *Leviatán* prometen (y entregan) mucho más que un sentimiento de parálisis, decadencia y melancolía (conceptos que, no en vano, vertebran el carácter etnólogo que se apropia del film), pues vienen de algún modo a recoger valores consustanciales a la idiosincrasia cultural rusa y a la tradición modernista de su cine para inscribirlas en nuestro tiempo de indefensión civil frente a la impecable gangrena que corroe el poder. Ese es, al fin y al cabo, el verdadero monstruo, la auténtica bestia del film.

**Carlos Reviriego**, Caimán Cuadernos de Cine, nº 34, enero 2015